

## Lezama Lima en tres tiempos

**Pío Serrano (Editorial Verbum)**

### PRIMER TIEMPO

El nueve de agosto de 1976 José Lezama Lima comenzó a vivir en su misterio. Preguntado en 1959 sobre el significado que tenía para él cada una de estas dos palabras clave, respondió: “Vivir es tocar un misterio en el fragmento de cada día; morir es vivir su misterio; amar es el apetito de vivir; odiar es la repugnancia, la opacidad del Eros de la lejanía”.

Había nacido, Lezama, el diecinueve de diciembre de 1910 en el campamento militar de Columbia, hijo de un Coronel, muerto tempranamente, a los treinta y tres años, en cuyos papeles “se diseñaban desembarcos en países no situados en el tiempo ni en el espacio, como un desfile de banda militar china situado entre la eternidad y la nada”, un apretado resumen de lo que bien podría ser la cartografía de una escritura latente ya en el abultado pecho de la criatura que “se encogía como teniendo que hacer un potente esfuerzo para alcanzar un ritmo natural”; un ritmo natural que, felizmente, nunca alcanzaría.

### SEGUNDO TIEMPO

Trocadero es una calle más bien estrecha, en ella confluyen los olores y sonidos de la Habana Vieja. Está inserta en un barrio populoso, bullanguero y de infelices vecindades. Al norte limita con Colón, una vía que da nombre al distrito de putas domésticas y parlanchinas, la más miserable zona de prostitución de La Habana; al este, la opulencia vencida del Paseo del Prado. A la altura del 162, en la planta baja, a la izquierda, toca el visitante. Los pasos apagados de unas pantuflas que se arrastran y la puerta se abre. Baldovina, a pesar de sus muchos años, anuncia la visita. El resto escapa ya a una crónica pormenorizada, pues llega Lezama, saluda efusivo, recibe generoso y la palabra, trenzada de imágenes, despliega un reino metafórico de mil caras. Se instala en la modesta habitación el caprichoso fuelle de su voz, su peculiar respiración del verbo, que va enhebrando un apetito articulado por un ritmo, nada natural, que sólo él conoce. El visitante está prendido, perdido ya, prisionero del encantamiento y de la magia de una palabra juguetona y audaz que en nada desmiente su criollez universal.

“Hombre muy cordial, prodigiosamente culto, conversador fascinante mientras el asma no le guillotina la voz, enormemente ancho y risueño”, evocará Vargas Llosa. “...su parabólica dicción y sus acertados juicios,

entre socráticos y revolucionarios, tomistas y criollos...”, recordará J. A. Goytisolo. Mario Parajón me hablará de su descomunal apetito literario, de cómo su respiración alimentaba de un ritmo especial su escritura, de la orgánica construcción de su sistema poético. Cabrera Infante aparta su obstinada tentación a la ironía y dice con naturalidad: “Tenía una gran humanidad y, pienso, que era consciente de su importancia, aunque al mismo tiempo era un hombre sencillo”.

María Zambrano lo recoge en el espejo de aguas de su razón poética: “Lezama Lima, araña que extraía de su propia sustancia el hilo inasible, la intangible memoria que reproduce en los aires del laberinto que hace permisible habitar el lugar justo del guardián de los ínferos mirándolos sin desafío con la necesaria fijeza”.

### TERCER TIEMPO

Lezama Lima se sitúa en la poesía cubana en un momento que él mismo definió como “estado de concurrencia poética”. Eran los años finales de la década del treinta y un puñado de jóvenes poetas se disponía a asaltar un escenario literario y social de conformismo autocomplaciente y de mediocridad altisonante. Alrededor de la figura magistral de Lezama germinaría el grupo Orígenes. Los origenistas irán segregando diferenciados y singularísimos cuerpos poéticos que, con absoluta libertad creadora, incorporan hallazgos tan disímiles como los provenientes de la tradición lírica española de los siglos de oro —tanto la que mana del primer Renacimiento garcilacista como de las dos tendencias predominantes del Barroco, la culterana y la conceptista—, del imaginismo anglosajón, del surrealismo francés, así como de las opulentas islas poéticas que fueron Juan Ramón, Whitman, Valéry, Rilke y Eliot, entre otros.

Aquella generación de escritores, formada en la contramarea de una actitud oficial desinteresada de la cultura, encontró en Lezama Lima el imán y el motor. Aglutinador de la nueva sensibilidad, terco impulsor de una visibilidad que parecía imposible, voluntarioso promotor literario, emprendió la quijotesca fundación de efímeras y sorprendentes revistas que habrían de encontrar su expresión mayor en *Orígenes*, prodigio que se sostuvo a lo largo de doce azarosos años de vida, al tiempo que alentaba la presencia de los origenistas en un sello editorial que fijaría su presencia única en el siglo XX cubano.

Pronto quedó definido el insólito carácter innovador del grupo, y algunas de las vertientes de expresión que lo conformaron se pudieron leer en textos tan tempranos como *Muerte de Narciso* (1937) y *Enemigo Rumor* (1941), que adelantaban la nutricia y enigmática propuesta de Lezama Lima, y “Testamento del pez” y “Palabras escritas en la arena por un

inocente”, donde se encarnaban el reflexivo y versicular diálogo ante la sustancia del universo, la penetrante y sorprendente plenitud del canto de Gastón Baquero. Textos a los que habrían de seguir los disímiles *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949) de Eliseo Diego y *Gradual de Laudes* (1955) de Ángel Gaztelu. El primero, signado, al decir de Cintio Vitier, “por la limpidez magistral del estilo y la fruición del aspecto maravilloso de la realidad”, nostalgia de entrañables pérdidas vitales, luminosidad y ensueño de lo inmediato fugaz; el segundo, entrega en la serenidad de sus sonetos clásicos y en sus reflexivos versículos claudelianos de la frescura y el orden de una escritura hecha alabanza. Por su parte, Cintio Vitier desde sus primeras entregas (*Poemas*, 1938; *De mi provincia*, 1945) hasta *Canto llano* (1955), revela una obra dominada por la apetencia ontológica, la avidez del ser y el hambre de conocimiento. Y Fina García Marruz (*Transfiguración de Jesús del Monte*, 1947 y *Las miradas perdidas*, 1951) concilia misticismo y religiosidad con el encuentro con la nostalgia, lo inmediato cotidiano, lo social dolorido.

Mientras, al tiempo que estimula y alienta, entre la prosa y la poesía, sin que podamos trazar las fronteras artificiales de dónde el prosista y dónde el poeta, Lezama prosigue infatigable fundación de su escritura, desoyendo la incomprensión y la desaprensión. A los citados, siguen *Aventuras sigilosas* (1945), *La fijeza* (1949), *Analecta del Reloj* (1953), *La expresión americana* (1954), *Tratados en La Habana* (1958), *Dador* (1960), *Paradiso* (1966), *La cantidad hechizada* (1970) y aún quedarán en sus cajones para su publicación póstuma *Fragmentos a su imán* y *Oppiano Licario*, ambas de 1977.

No fue hasta la publicación de *Paradiso*, su descomunal novela, que Lezama alcanzara dimensión internacional. Publicada en La Habana, después de muchas dificultades, y pronto retirada de las librerías, fue “descubierta” por Julio Cortázar, quien se convierte en su difusor universal. Como en Proust, Lezama había realizado un minucioso abordaje de la memoria, al tiempo que se lanzaba a la portentosa tarea de recrear —inventar— un deslumbrante universo lingüístico. Pero, sobre todo, *Paradiso* y con ella la obra toda de Lezama es el goce primigenio del lenguaje, la libre y voluptuosa voluntad fundacional americana, el desenfadado trasmutar la cultura universal convertida en signo, imagen, metáfora en manos de un americano comparable sólo al anónimo constructor del barroco de Indias. Una vocación resumida por María Zambrano:

Y así, la poesía de Lezama, que es acción y no contemplación, se sitúa a pesar de sus complicadas y a veces cristalinas formas en ese lugar primario que corresponde a la poesía que se adentra en la realidad despertándola y despertándose [...] La raíz de la vocación poética se hunde en la voracidad, en la avidez insaciable de realidad, diremos metafísica [...] No

es la transparencia —condición de la identidad— el imán de la poesía, sino ese otro indefinible género de unidad oscura y palpitante”.

## REGRESO AL SEGUNDO TIEMPO

Allí, en Trocadero 162, en la penumbra de las persianas entornadas, en los amplios sillones de madera y mimbre, rodeado de libros, jarrones, cuadros y objetos de toda suerte que él ha cargado de significado, nos ha recibido *el maestro*, sentencioso y alegre, profundo y ágil, escurridizo cazador del asombro. Como un fabuloso mandarín, recogido sobre su sitio preferido, Lezama Lima impone su monumental humanidad y deja flotar su voz, desgrana sus imágenes, arroba y deslumbra al visitante.